

Liliana Regalado de Hurtado
Hidefuji Someda
Editores

CONSTRUYENDO HISTORIAS

Aportes para la historia hispanoamericana
a partir de las crónicas

Capítulo 3



Pontificia Universidad Católica del Perú
Fondo Editorial 2005



Universidad de Estudios
Extranjeros de Osaka

*Construyendo historias. Aportes para la historia
hispanoamericana a partir de las crónicas*

Primera edición: agosto de 2005

Tiraje, 500 ejemplares

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005

Plaza Francia 1164, Lima 1 – Perú

Teléfonos: (51 1) 330-7410, 330-7411

Fax: (51 1) 330-7405

Correo electrónico: <feditor@pucp.edu.pe>

Dirección URL: www.pucp.edu.pe/publicaciones/fondo_ed/

Diseño de interiores: Juan Carlos García M.

Diseño de cubierta: Atenea Ediciones

*Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro
por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso
de los editores.*

ISBN 9972-42-720-X

Hecho el depósito legal 2005-5280 en la Biblioteca Nacional del Perú

Impreso en el Perú - Printed in Peru

LA DINASTÍA PREHISPÁNICA DE FERNANDO DE MONTESINOS:
IDENTIFICACIÓN DE SU FUENTE

Sergio Barraza Lescano

Instituto Riva-Agüero

Pontificia Universidad Católica del Perú

ENTRE LAS NUMEROSAS OBRAS concernientes a la historia incaica producidas en el siglo XVII, *Ophir de España. Memorias Historiales y Políticas del Piru*, escrita por el licenciado Fernando de Montesinos en 1642,¹ ocupa un lugar especial. La singularidad de la información que contiene, especialmente aquella relacionada con su larga lista dinástica de aproximadamente 105 gobernantes prehispánicos, ha motivado una serie de polémicas desde que uno de sus manuscritos fuera publicado por primera vez en 1840.²

¹ Esta fecha aparece consignada en uno de los manuscritos de la obra que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid (ms. 3124 - antiguo J-189) y que, según Raúl Porras Barrenechea, «tiene trazas de original» (1986: 492). El ejemplar madrileño, titulado *Memorias antiguas y nuevas del Perú*, comprende solamente la tercera parte de las *Memorias antiguas* y los *Anales* completos. Está dedicado al obispo de Quito, fray Pedro de Oviedo (Imbelloni 1941: 38, nota 59).

² La primera edición de las *Memorias historiales* fue publicada por Henri Ternaux Compans bajo el nombre de *Mémoires historiques sur l'ancien Pérou* (París, 1840). El número total de gobernantes varía de un manuscrito a otro: en el desaparecido ejemplar que se conservaba a fines del siglo XVIII en la biblioteca del convento mercedario de San José, en Sevilla, se registraban un total de 101 gobernantes; en la versión perteneciente a la Biblioteca Universitaria de Sevilla, en cambio, aparecen los nombres de 104 monarcas (Imbelloni 1941: 30-33).

En este trabajo abordaremos uno de los aspectos que más interés ha despertado en todos aquellos que se dedicaron al estudio de las *Memorias históricas*: la identificación de la fuente utilizada por el licenciado de Osuna para presentar su larga lista dinástica o *capaccuna*, repitiendo el término quechua empleado por José Imbelloni (1941) para referirse a ella.

El «libro manuscrito» y la almoneda

En el cuarto capítulo de sus *Memorias históricas*, titulado «Dícense algunas cosas acerca de la antigüedad del nombre Piru», el licenciado Montesinos informa no solamente cuál fue la fuente que consultó para redactar su *capaccuna* sino, también, en qué circunstancias tuvo acceso a esta información:

Quiero referir otra antigüedad deste nombre Piru que halle en un libro m. s. que con harta estima y mayor cuidado (ilegible) en una almoneda en la ciudad de Lima. Trata del Piru y sus emperadores, y según pude averiguar en Quito comunicando destas materias con curioso me certifico que lo avia escrito un hombre de aquella ciudad muy lenguaras y antiguo en ella ayudándole a las noticias y dándole (ilegible) al examen de los indios el Smo. Don frai Luis Lopez obispo de aquella iglesia [...]. (Montesinos 1644: 8v.)³

Los datos contenidos en este párrafo permiten afirmar que el manuscrito fue adquirido por Montesinos entre los años 1636 y 1639,

³ En las ediciones modernas el párrafo es citado con algunas variaciones; así, en aquellas publicadas por Means (1920) y Urteaga (1930), derivadas de la edición de Marcos Jiménez de la Espada (1882), se informa que el «libro manuscrito» fue comprado por el licenciado Montesinos en la almoneda limeña y que su autor habría sido un «hombre verbosísimo» de la ciudad de Quito (Montesinos 1920: 1, nota 1; y 1930: 4, nota a). Estas ligeras variaciones encuentran su explicación en el hecho de que el párrafo citado no procede del ejemplar perteneciente a la Biblioteca Universitaria de Sevilla sino de una copia realizada en 1785 por el padre Joseph de San Antonio Abad, la que se conserva en la Colección Muñoz de la Academia de la Historia en Madrid (ms. n.º 23.7.^a A-155).

tiempo en el que residió en Lima (Montesinos 1920: 3);⁴ es muy probable que el escrito hubiera pertenecido al agustino fray Luis López de Solís, quien fue obispo de Quito entre 1593 y 1606, año en que falleció en el convento limeño de su orden.⁵

Una vieja polémica: la autoría atribuida a Blas Valera

En las ediciones de las *Memorias históricas* publicadas por Ternaux Compans (1840) y Jiménez de la Espada (1882), los editores no se detuvieron a investigar quién había sido el autor del manuscrito consultado por Montesinos; fue recién en 1907 que el historiador peruano González de la Rosa propuso al jesuita chachapoyano Blas Valera como autor del texto (1907: 188-193).

Según González de la Rosa, Montesinos había «copiado, extractado y modificado» la información contenida en un vocabulario histórico del padre Valera, que había sido traído desde Cádiz por el jesuita Diego de Torres Vásquez y utilizado como fuente bibliográfica por su compañero de orden Anello Oliva. El licenciado de Osuna habría inventado toda la historia de la almoneda limeña «para disfrazar sus plagios y no

Raúl Porras publicó esta versión tardía en su trabajo sobre el nombre del Perú (1973: 48, nota 38, y 50-52).

⁴ Durante su permanencia en Lima, el licenciado Montesinos debió pasar momentos poco agradables, llegando a ser encerrado en prisión alrededor de veinte días durante el mes de mayo de 1637; esta sanción fue motivada por la acusación que le hiciera uno de los deudos del comerciante Melchor Ramírez, a quien el licenciado había prestado servicios como albacea (Archivo Arzobispal de Lima, 1635-1641: 21 y 29).

⁵ Mendiburu, citando el catálogo Pinart, nos informa que el licenciado Montesinos compró en Lima numerosos manuscritos que habían pertenecido al agustino fray Luis López de Solís (Mendiburu 1931-1934, vol. VII: 430). Esta afirmación se encuentra respaldada por algunas citas del cronista, quien, por ejemplo, en sus *Anales del Perú* utiliza como fuente bibliográfica a «Don fray Luis López, obispo de Quito en el Libro de sus acciones i gobierno, folio 231, donde puso de su misma letra esta advertencia [...]» (Montesinos 1906, vol. I: 142).

confesar la verdadera fuente de donde sacó la larga lista de soberanos (González de la Rosa 1907: 190).

Una réplica a estas afirmaciones fue publicada inmediatamente por José de la Riva-Agüero (1908: 47), quien rechazó la teoría del plagio y señaló que las concordancias existentes entre el manuscrito de Montesinos y algunos escritos atribuidos a Blas Valera, el *Vocabulario histórico* y la *Relación del jesuita anónimo*, encontraban su explicación en el hecho de que todos ellos procedían de una fuente común de autor desconocido.⁶

A pesar de la coherente argumentación de Riva-Agüero, muchos investigadores siguieron los postulados de González de la Rosa y, en una actitud muy simplista, aceptaron, a pie juntillas, la supuesta autoría de Valera.⁷ Recientemente, a partir de un estudio inédito de Sabine Hyland, Juha J. Hiltunen ha sugerido la existencia de una fuente común consultada por Montesinos y por Blas Valera/Jesuita anónimo, que habría originado la extensa lista dinástica de gobernantes. Según Hiltunen, esta fuente sería el sacerdote mercedario fray Melchior Hernández, uno de los autores que aparecen citados en la relación del Jesuita anónimo

⁶ El manuscrito comprado por Montesinos y el «vocabulario antiguo de mano» del padre Valera consultado por Anello Oliva en la biblioteca del colegio jesuita de Chuquiabo (La Paz) comparten los nombres de algunos gobernantes pertenecientes a la larga lista dinástica, aunque difieren en la ubicación de sus reinados. Los monarcas mencionados en ambas fuentes son los siguientes: Capac Raymi Amauta, Capac Yupanqui Amauta, Capac Lluqui Yupanqui, Cuis Manco y Lluquis Uayna Cauri (Vásquez 1930: 137-138; y Oliva 1998: 58 y 95-96). La *Relación del jesuita anónimo*, por su parte, guarda correspondencia con el manuscrito del licenciado cuando hace referencia a los gobernantes Pirua Pacaric Manco, Pachacuti séptimo y Pachacuti noveno (Jesuita anónimo 1992: 48 y 85).

⁷ En 1912, Vásquez calificó a la *cappaccuna* de Montesinos como un «infeliz plagio con desastrosas modificaciones» del vocabulario del padre Valera (Vásquez 1912: 3); Markham también fue de este parecer y sugirió que el licenciado copió el trabajo del jesuita en Chuquiabo (Markham 1920: 13). Posteriormente, autores como Angulo, Loayza, Imbelloni, Porras Barrenechea, Esteve Barba y Urbano continuaron dentro de esta línea de opinión (Angulo 1930: x-xii; Esteve Barba 1968: I; Imbelloni 1941: 22-23; Loayza 1945: xvii; Porras Barrenechea 1986: 490; y Urbano 1992: 26-27).

(Hiltunen 1999: 198 y 347; Jesuita anónimo 1992: 46-53, notas 4bis, 5, 10, 14, 19 y 20).

Al respecto, debemos señalar que la hipótesis se encuentra sustentada en algunas imprecisiones. Para comenzar, no es cierto que el licenciado Montesinos no mencione su fuente informativa, como lo afirma Hiltunen (1999: 195); como hemos visto en el párrafo transcrito líneas arriba, el cronista aclara que su *capaccuna* se origina en un manuscrito escrito por un lenguaraz quiteño. Por otro lado, no es del todo claro que el mercedario Hernández fuera nativo de la región del lago Titicaca y, por consiguiente, que toda la tradición de las dinastías prehispánicas proviniera de esa región (Hiltunen 1999: 198). Tal como lo indica este autor, el mercedario Hernández era mestizo y estuvo presente en las doctrinas de San Cristóbal de la Cuesta (Chuquisaca) y Nuestra Señora de la Concepción (Potosí) por el año 1578 (Aparicio 1973: 25, y 2001, vol. I: 82-84; Hiltunen 1999: 198); sin embargo, los cronistas de su orden concuerdan en señalar que era «hijo del convento grande de Lima» (Colombo 1790: 286; García Irigoyen 1906-1907, vol. I: 150), por lo que es probable que fuera oriundo de esta localidad o, incluso, del Cuzco, en donde evangelizó al inca Tupac Amaru I en 1572 (Ocampo y Conejeros 1907: 226).⁸

La tradición de la dinastía incaica debió ser recogida en Quito como lo señala Montesinos, prueba de ello es que se mencionan algunos sucesos ocurridos en esta región como los grandes terremotos y las erupciones de los volcanes ubicados cerca de Panzaleo y en las montañas de Oyumbicho, acontecimientos que tuvieron lugar durante el reinado del inca Huiracocha (Montesinos 1930: 102-103).⁹ El supuesto uso de

⁸ Es probable que el mercedario fuera hijo del trujillano Melchor Hernández, vecino de la ciudad del Cuzco por el año 1541. Véase Cieza de León 1994: 137.

⁹ Al respecto, se puede citar la referencia que trae Montesinos sobre el ingreso de hordas bárbaras al Tahuantinsuyo durante el reinado de Toco Cosque; algunos de estos salvajes, que procedían de Panamá, habrían dado origen a las naciones neogranadinas de Pijaos y Paeces (Montesinos 1930: 69-70).

hojas de plátano para confeccionar pergaminos (Montesinos 1930: 21) es otro de los elementos que viene a respaldar esta posibilidad, ya que se trata de un fruto totalmente ajeno al área cusqueño-altiplánica.¹⁰ Sabine Hyland, a partir del análisis interno de la crónica de Montesinos, también ha señalado el origen quiteño de su fuente (2000: 647).

Identificación del autor

Una revisión detenida de la información presentada por el licenciado Montesinos en sus *Memorias historiales* permite establecer que cualquier candidato a la autoría del manuscrito comprado en la almoneda deberá cumplir con las siguientes condiciones:

- ser oriundo de Quito y haber residido en esta ciudad varias décadas antes al año 1642 o 1643, cuando el licenciado fue nombrado visitador general de Quito por el arzobispo fray Pedro de Oviedo;
- ser reconocido como lenguaraz, es decir, dominar dos o más lenguas (Alonso 1968, vol. II: 2538; Corominas y Pascual 1980, vol. III: 629); y
- haber estado vinculado al obispo fray Luis López de Solís durante su gobierno episcopal (1593-1606).

El licenciado de Osuna proporciona algunos otros datos que nos podrían poner tras los pasos del autor del manuscrito. Este último habría obtenido información «preguntando a los Amautas e Historiadores que alcanso del tiempo de Atahualpa» (Montesinos 1644: 8v.); además, habría tenido conocimiento de que se habían enviado algunos quipus a España para que los viese el Inca Garcilaso de la Vega (Montesinos 1644: 9).

¹⁰ En un informe anónimo de 1573, el plátano aparece mencionado entre las plantas autóctonas de Quito; algunos años más tarde, en 1608, este árbol figuraba entre los frutales más importantes de la región de los Quijos (Oberem 1971: 156-157).

En lo referente a la redacción del manuscrito, el cronista nos informa que estuvo dividido en discursos y capítulos. Montesinos cita el discurso 1, capítulo 9, que trataba sobre la etimología del nombre Piru, y el discurso 2, capítulo 1, que tocaba el tema de los quipus y de los amautas historiadores (1644: 8v.-9).

Si bien el jesuita Blas Valera es famoso por su dominio del quechua y el aimara, conocimientos que le llevaron a participar en las traducciones de los textos producidos por el Tercer Concilio Limense (1582-1583) (Bartra 1967: 365-367), no fue quiteño sino chachapoyano y el tiempo que permaneció en Quito, durante su viaje hacia España, no corresponde con la presencia del obispo Luis López de Solís en esta región.¹¹ La forma de estructurar la obra (en discursos y capítulos) también parece ajena a Valera; este dividió su *Historia occidentalis* en libros y capítulos (Garcilaso de la Vega 1959: 376; Mateos 1944, vol. I: 53).

Descartada la posibilidad de que Valera fuera el autor del manuscrito consultado por Montesinos, vamos a develar la identidad de este personaje. Nuestras pesquisas nos han llevado a identificar al mestizo quiteño Diego Lobato de Sosa como el autor desconocido que dio origen a la dinastía prehispánica presentada en las *Memorias históricas*.

Diego Lobato fue hijo de uno de los fundadores de la ciudad de Quito, el capitán español Juan Lobato de Sosa, quien había llegado a este territorio junto a Sebastián de Benalcázar; su madre, por su parte, fue «una de las mujeres más principales de Atahualpa», la noble cusqueña Isabel Yarucpalla (Hartmann 1974: 1; Oberem 1981: 162-164; Stevenson 1968: 9). Su nacimiento debió haber ocurrido entre los años 1538 y 1541.

¹¹ Blas Valera partió de Lima hacia Quito el 11 de diciembre de 1592. Viajaba junto al padre Diego de Torres Bollo, quien había sido nombrado rector del colegio quiteño de la Compañía (Medina 1999: 250). Llegaron a su destino a mediados de enero de 1593 (Romero Arteta 1962: 8). Tras permanecer algunos meses en Quito, Valera continuó su viaje hacia Cartagena de Indias. El agustino Luis López de Solís, por su parte, si bien fue nombrado obispo de Quito en 1593, no fue sino hasta el 15 de junio de 1594 que ingresó en la ciudad e inició su gobierno episcopal (Hartmann 1976: 30).

Antes de ir a combatir a Gonzalo Pizarro, el capitán Juan Lobato confió al pequeño Diego a su amigo Gonzalo Martín. En la casa de este último transcurriría la niñez de nuestro personaje, ya que su padre perdió la vida en la batalla de Iñaquito, el 18 de enero de 1546 (Oberem 1981: 164; Stevenson 1968: 9). El niño fue educado en el Colegio de San Andrés, ubicado en el convento franciscano de Quito, y tuvo como maestro al religioso flamenco fray Jadoco Rycke, famoso defensor y protector de los indios (Lara 1980, vol. II: 291; Stevenson 1968: 7). Una vez acabados sus estudios de primeras letras con los franciscanos, en donde destacó como quechuista, cantor, músico, bordador y aficionado a los altos estudios (Vargas 1962: 117-118), Diego Lobato se dedicó a estudiar Gramática, Lógica, Filosofía y Teología en el convento dominico de su ciudad natal (Oberem 1981: 164; Hartmann 1974: 2).¹²

Debido a su condición de mestizo e hijo natural, Lobato tuvo que recibir una dispensación del obispo fray Pedro de la Peña para poder ordenarse como sacerdote en 1566; su estrecha relación con el obispo dominico queda evidenciada en el hecho de que este último era su padre confesor (Oberem 1981: 164).

Su reconocida inclinación por la música le llevó a dirigir el coro de la catedral de Quito, integrado por criollos, mestizos e indígenas que habían aprendido música y canto en el colegio franciscano; en 1571, desempeñándose Diego como sacristán y organista de la catedral, fue designado por el obispo de la Peña para que ocupara el cargo de párroco en la recientemente creada parroquia de San Blas (Stevenson 1968: 11). Stevenson señala que, para este nombramiento, el obispo tomó en cuenta el dominio que tenía Lobato de la lengua quechua, recurso fundamental en la evangelización de los indios (1968: 11). En su calidad de lenguaraz, el mestizo quiteño brindó varios servicios a la Audiencia y al obispo, quienes le encomendaron realizar misiones difíciles de carácter

¹² En esta etapa de sus estudios, Diego Lobato fue condiscípulo de los dominicos Pedro Bedón y Domingo Valderrama (Vargas 1962: 118).

político y administrativo entre las poblaciones indígenas (Hartmann 1974: 3; Oberem 1981: 165).

Hartmann nos informa que Diego Lobato era «considerado ampliamente como el mejor predicador en lengua quechua» (1974: 3) de Quito, lo que se ajusta a la verdad, pues uno de los censores que revisaron las traducciones al quechua de los textos producidos por el Tercer Concilio Limense, su condiscípulo el dominico fray Pedro Bedón, elogió también su forma de predicar en la lengua general de los incas (Hartmann 1974: 4). En una relación que el obispo fray Pedro de la Peña escribió al rey de España el 16 de febrero de 1574, se indica que Lobato había intervenido en el examen y aprobación de varios confesores como examinador de la lengua quechua (Hartmann 1974: 4).

Con el paso de los años, los miembros del capítulo de la catedral quiteña fueron tomando cierta animadversión en contra de Diego Lobato; lo acusaban de autotitularse mayordomo de la catedral. La irritación del capítulo fue mayor cuando se enteraron de que el obispo de la Peña lo había designado como el representante que asistiría al Tercer Concilio Limense (Stevenson 1968: 15).

En aquella ocasión, el diácono, el archidiácono y el tesorero de la catedral protestaron en contra del nombramiento y del favoritismo que tenía el obispo hacia un simple «clérigo presbítero mestizo». Este acontecimiento y la muerte del obispo de la Peña durante la celebración del concilio, el 7 de marzo de 1583, motivaron que Lobato renunciara al cargo de mayordomo de la catedral el 1 de julio del mismo año (Stevenson 1968: 15).

En 1589, por disposición de la Audiencia, Lobato recorrió el territorio de Quito hasta Chimbo en compañía del secretario Diego Suárez y del curaca de los mitmas huayacuntu, don Diego de Figueroa Caxamarca. El objetivo de esta misión era recoger el dinero de las cajas de las comunidades indígenas para remitirlo a España en calidad de empréstito al Rey (Espinoza Soriano 1975: 373).

El 6 de febrero de 1590, la catedral de Quito volvió a contratarlo como maestro de capilla por ser «competente para el cargo»; recibiría

cien pesos de salario (Stevenson 1968: 17).¹³ Al año siguiente, Lobato solicitó al Rey un puesto de canónigo de la catedral de Quito; a pesar de reunir muchos méritos y de contar con el respaldo de los oidores de la Audiencia y de los superiores de las ordenes de Santo Domingo, San Francisco y San Agustín, no consiguió la canonjía (Oberem 1981: 165). Es muy probable que la negativa estuviera relacionada con su condición de mestizo.

Las decepciones y amarguras del clérigo presbítero terminaron en junio de 1594 con la llegada a Quito del nuevo obispo fray Luis López de Solís y el inicio de su gobierno episcopal; rápidamente, Lobato consiguió ganarse el aprecio del obispo agustino, quien le nombró visitador general del obispado y predicador general de la lengua del Inca (Hartmann 1974: 6).

La gran estima que el obispo Luis López sentía por nuestro personaje queda evidenciada en una carta que envió al Rey el 12 de marzo de 1598; en ella, al hacer una relación de las personas beneméritas del obispado para cargos y oficios, escribía sobre Diego Lobato de Sosa:

Presbítero, lengua general y predicador de naturales que es muy antiguo e hijo de conquistador, visitador general de este obispado, hace muchos años que trabaja en la predicación y conversión de naturales descargando la conciencia de Vuestra Majestad; es muy viejo, merece una canonjía en la iglesia de Quito que es su patria. (En Hartmann 1974: 5-6)¹⁴

¹³ Diego Lobato ya había desempeñado esa función desde el año 1568, siendo nombrado oficialmente el 3 de abril de 1574.

¹⁴ El obispo Luis López de Solís vuelve a elogiar el trabajo de Diego Lobato en una memoria de las personas eclesiásticas beneméritas de su obispado. En este documento, fechado a 10 de marzo de 1600, escribe: «Diego Lobato de Sosa, presbítero, es el más antiguo clérigo de este obispado y que ha 30 años que se ocupa en la predicación de los naturales con notable fruto porque es el que más ha trabajado en este ministerio y el que ha enseñado a otros a predicarles con lo cual se ha descargado la real conciencia; merece premio de una canonjía en esta santa iglesia» (Hartmann 1974: 6).

Es muy probable que Diego Lobato falleciera en Quito durante la primera década del siglo XVII; la última referencia que tenemos de él data del año 1604. Por este tiempo, aún ocupaba el cargo de visitador general del obispado quiteño (Hartmann 1974: 6).

Los datos biográficos de Diego Lobato de Sosa, presentados en este artículo, permiten comprobar que existe una total correspondencia entre nuestro personaje y el desconocido autor consultado por el licenciado Montesinos: se trata de un antiguo lenguaraz quiteño allegado al obispo Luis López de Solís.

Una vez identificada la autoría, respaldada por otras evidencias que a continuación veremos, cabe preguntarse: ¿quién transmitió al clérigo Lobato aquella singular lista dinástica de monarcas prehispánicos? No es difícil responder a esta pregunta; es bien sabido que Lobato mantuvo muy buenas relaciones con sus parientes incas, y que incluso llegó a firmar como testigo en la escritura testamentaria del auqui (príncipe) don Francisco Tupatauchi, conocido también como Francisco Atahualpa, hijo del último inca con su hermana paterna Huayco-Ocillo (Oberem 1981: 164).¹⁵

En una probanza de don Alonso Atahualpa, hijo de don Francisco Tupatauchi y doña Beatriz Coquilago Ango, vuelve a aparecer el clérigo quiteño declarando como testigo; en aquella ocasión, el 13 de agosto de 1582, Diego Lobato señaló haber escrito una *Historia del Inca* (Hartmann 1974: 6; Oberem 1981: 164). Este último dato es valioso,

¹⁵ El nombre de la madre de don Francisco Tupatauchi o Tupac-Atauchi varía de una fuente a otra. En algunas ocasiones aparece mencionada como Huayco-Ocillo (Navarro, 1940: 220) y en otras como Paico-Vello o Tocoto-Vello (Oberem 1981: 163). Por otro lado, es muy probable que la amistad existente entre Diego Lobato y Francisco Tupatauchi se remontara a la época en que el primero cursaba estudios en el Colegio de San Andrés. Tenemos conocimiento que el auqui Francisco había sido criado por los franciscanos en el convento quiteño y que, a pesar de que también fue educado por fray Jadoco Rycke en el colegio, nunca aprendió a leer ni escribir (Oberem 1981: 180). Posteriormente, durante la «Santa Cruzada» realizada en 1578-1579, Lobato y don Francisco marcharon juntos al territorio de los Cañaris para hacer desistir a los caciques de tomar parte en la rebelión de los Quijos (Hartmann 1974: 3; Ospina 1992: 12).

ya que confirma el interés del clérigo quiteño por escribir la historia de sus ancestros maternos;¹⁶ por otro lado, nos pone en conocimiento de que su obra fue terminada antes de 1583, lo que es coherente con la fecha propuesta para la redacción del manuscrito consultado por Montesinos.¹⁷

Queda claro que las principales fuentes informativas de Diego Lobato fueron los indígenas quiteños, algunos de ellos amautas y otros vinculados a la nobleza incaica. A través de estos últimos tuvo conocimiento del envío de quipus al Inca Garcilaso de la Vega.¹⁸ En lo que respecta a su obra, la influencia que los franciscanos ejercieron en la educación de Lobato pudo haberle llevado a dividir su trabajo en discursos y

¹⁶ Este interés no estaba circunscrito a la historia prehispánica. Sabemos que Diego Lobato escribió sobre «los sucesos de la conquista (española) de esta tierra (Quito) y otras cosas tocantes a ella» tomando información de «mucho número de indios viejos» (Salomon 1980: 268).

¹⁷ Jan Szemiński, siguiendo las observaciones de Imbelloni (1946), analizó algunas referencias cronológicas sobre el equinoccio vernal presentes en el manuscrito citado por Montesinos. Como resultado, llegó a la conclusión que el manuscrito fue escrito antes de la introducción del calendario gregoriano en el Perú, es decir, antes de 1585 (Szemiński 1993: 103, y 1995: 54).

¹⁸ Sabemos que el Inca Garcilaso fue condiscípulo de uno de los hijos de Atahualpa criado por los padres dominicos en el Cuzco, su nombre fue Don Francisco Ninancuro, hijo del último inca con la palla Chumbicarua. Este «murió mozo» antes de que Garcilaso partiese hacia España (Garcilaso de la Vega 1959: 580-582; Oberem 1981: 171-172). Al igual que don Francisco, su primo don Carlos Inca y otros indígenas nobles descendientes de los gobernantes cusqueños, compartieron aulas con el cronista, quién señala haber conocido alrededor de doscientos Incas y Pallas.

Una vez en la península, Garcilaso les solicitó que le enviaran información sobre la historia de sus ancestros. En los *Comentarios Reales de los Incas* podemos leer: «Sin la relación que mis parientes me dieron de las cosas dichas, y sin lo que yo vi, he habido otras muchas relaciones de las conquistas y hechos de aquellos reyes; porque luego que propuse escribir esta historia, escribí a los condiscípulos de escuela y gramática, encargándoles que cada uno me ayudase con la relación que pudiese haber de las particularidades conquistas que los Incas hicieron de las provincias de sus madres; porque cada provincia tiene sus cuentas y nudos con sus historias, anales, y la tradición de ellas; y por eso retienen mejor

capítulos, esquema observado en algunos cronistas de esta orden como fray Buenaventura de Salinas y Córdova (1957, vol. I: XXXVII).¹⁹

El jesuita Blas Valera y su acceso a una singular fuente quiteña

Si asumimos que Diego Lobato de Sosa fue el autor del manuscrito consultado por Montesinos, debemos ser capaces de explicar en qué circunstancias compartió su información con el jesuita Blas Valera. Para poder aclarar este punto, consideramos que es necesario presentar algunos datos biográficos de Valera vinculados a su estadía en Quito y a las amistades cercanas que tuvo en esta ciudad.

Como sabemos, el padre Blas Valera fue enviado a España por el año 1592 para que cumpliera una sanción que le había sido impuesta por las autoridades jesuitas.²⁰ El viaje se inició el 11 de diciembre de

lo que en ella pasó que lo que pasó en la ajena. Los condiscípulos, tomando de veras lo que pedí, cada cual de ellos dio cuenta de mi intención a su madre y parientes, los cuáles, sabiendo que un indio, hijo de su tierra, quería escribir los sucesos de ellos, sacaron de sus archivos las relaciones que tenían de sus historias y me las enviaron; y así tuve la noticia de los hechos y conquistas de cada Inca [...]» (Garcilaso de la Vega 1959: 46-47).

En 1573, el Obispo de Quito informaba al Rey sobre la pesadumbre y rabia existente entre los incas de Quito tras la ejecución del inca Tupac Amaru (Salomon 1980: 267), lo que evidencia que la nobleza indígena quiteña se encontraba en constante comunicación con sus parientes del Cuzco.

¹⁹ El *Memorial de las historias del Nuevo Mundo Piru* fue dividido en tres discursos, de 8, 6 y 4 capítulos, respectivamente.

²⁰ Aunque se ha señalado que la sanción del padre Valera fue motivada por una falta de solicitud (Vargas Ugarte 1963-1965, vol. I: 251; Fernández García 1990: 219), no es del todo claro si realizó o no tal delito contra la fe. Existe la posibilidad de que su sanción fuera originada por alguna desviación doctrinal, por criticar el sistema de gobierno colonial siguiendo una postura «lascasiana» o, incluso, por la existencia de prácticas de segregación racial con clara tendencia antimestiza al interior de su orden (Medina 1999). El 9 de julio de 1591, el padre napolitano Claudio Aquaviva, general de la Compañía de Jesús, transmitía al padre Juan de Atienza, provincial del Perú, la orden de que Valera fuera enviado a España (Egaña 1966: 822).

1592; Valera partía de Lima hacia Quito en compañía del jesuita Diego de Torres Bollo, quién había sido nombrado nuevo rector del colegio quiteño de la Compañía (Medina 1999: 250).

Al parecer, el viaje lo realizarán siguiendo el camino real incaico que unía las localidades de Lima, Tarma, Huánuco, Huamachuco, Cajamarca, Huancabamba, Loja, Ambato y Quito (Guaman Poma de Ayala 1993, vol. II: 881-883); después de caminar durante poco más de un mes, los sacerdotes llegaron a Quito a mediados de enero de 1593 (Romero Arteta 1962: 8). Al ingresar a la ciudad, los jesuitas encontraron a la población muy alborotada debido a la revolución de las alcabalas que había tenido lugar el año anterior, el padre Diego de Torres «trató de muchos medios con el cabildo y gente alterada, para que ubiese paz y todos acudiesen al servicio del Rey nuestro Señor» (Romero Arteta 1962: 8).²¹

En Quito, Valera se reunió con varios amigos. Entre ellos podemos mencionar a dos jesuitas, su paisano Onofre Esteban y el cordobés Hernando Morillo,²² así como al dominico quiteño fray Pedro Bedón. Este último había conocido a Blas Valera por el año 1583, cuando

²¹ En realidad, durante el viaje, ambos jesuitas ya tenían conocimiento del ambiente que les esperaba en la ciudad norteña; encontrándose aún en Lima, debieron haber tenido contacto con el padre Esteban Cavello, predecesor del padre Diego de Torres Bollo en el rectorado quiteño, quien tuvo que desplazarse a la capital del virreinato luego de que la Audiencia de Quito sospechara de su participación en la revolución (Medina 1999: 250).

²² El padre Fernández García (1990: 230) señala que, durante su estadía en Quito, Blas Valera «tuvo confidencias con el criollo chachapoyano Padre Onofre Esteban, que más adelante se interesa por él, y también con el Padre Hernando Morillo, ante quien se quejaba de haber sido calumniado por sus enemigos [...]». El interés de los padres Diego de Torres Bollo y Onofre Esteban por conocer cual sería el futuro que correría Valera en España se ve reflejado en dos misivas remitidas a ellos por el general Aquaviva el 13 de febrero de 1595; en estas correspondencias, que tienen como destino la ciudad de Quito, el General les informaba que al llegar Valera a España se vería «lo que con él se deva hacer», además de manifestarles que no volvería a la provincia peruana, «pues juzgan esos padres que no es conveniente para ella» (Egaña 1970: 686-687).

trabajaron juntos en la revisión de las traducciones al quechua de los textos producidos por el Tercer Concilio Limense (Bartra 1967: 365); el dominico llevaba ocho años en Lima cursando estudios en la universidad fundada por Real Cédula del 12 de mayo de 1551.

Una vez concluido el concilio, Valera y Bedón permanecieron en Lima y debieron haberse mantenido en contacto hasta el año 1586 en que el dominico retornó a Quito (Hartmann 1976: 24-25).²³ Años más tarde, al arribar a Quito, el jesuita chachapoyano encontró a fray Pedro Bedón ocupando el cargo de catedrático de la lengua general del Inca, cátedra dictada en el convento de Santo Domingo.²⁴

Es muy probable que Valera conociera a Diego Lobato de Sosa a través del padre Bedón, recordemos que los dos quiteños habían sido condiscípulos cuando cursaban estudios superiores en el convento dominico; además, resultaría extraño que, dada la fama de Lobato como gran predicador en la lengua quechua y los intereses comunes de los tres lenguaraces, no se hubieran reunido en alguna ocasión.²⁵

El Inca Garcilaso de la Vega (1959: 552) nos informa que, encontrándose en Quito, Valera continuó con sus investigaciones sobre las antiguallas de los indios y llegó a recibir algunas noticias «de los mismos vasallos de Atahualpa».²⁶ Sin lugar a dudas, la lectura de la *Historia del*

²³ El Colegio de San Pablo se había convertido en el lugar de residencia del padre Valera desde el año de 1582 en que fue enviado a Lima; en esta casa de estudios, el jesuita chachapoyano enseñaba latín a los medianos, equivalentes a los alumnos de instrucción secundaria de la actualidad (Medina 1999: 235).

²⁴ Bedón fue nombrado titular de la cátedra de quechua con anterioridad al año 1589 y ocupó el cargo hasta los primeros años del siglo XVII en que fue reemplazado por fray Domingo de Santa María (Hartmann 1976: 23-26).

²⁵ La estrecha relación existente entre el dominico Bedón y Diego Lobato queda evidenciada en la petición de canonjía que este último envió al rey de España. En ese documento, fray Pedro Bedón figura como uno de los 14 testigos presentados por Lobato en apoyo de su súplica (Hartmann 1974: 3).

²⁶ Por otra fuente atribuida a Blas Valera, la relación del Jesuita anónimo, sabemos que el cronista tuvo acceso a la información registrada en algunos quipus quiteños (Jesuita anónimo 1992: 54, nota 23).

Inca escrita por Lobato debió resultar fascinante para el jesuita y llevarlo a tomar notas de la novedosa información contenida en el manuscrito. Blas Valera registró estos apuntes en su «vocabulario antiguo de mano», que fue traído posteriormente, en 1604, desde Cádiz por el jesuita Diego de Torres Vásquez y consultado por su compañero de orden Giovanni Anello Oliva durante la redacción de su *Historia del reino y provincias del Perú* (Anello 1998: XVI, nota 5, y 95). Encontrándose ya en Andalucía, Valera insertó algunos de estos datos en su *Historia occidentalis*; retazos de esta obra traducidos del latín al castellano han llegado hasta nosotros a través del Inca Garcilaso y de la llamada relación del Jesuita anónimo.²⁷

Comentarios finales

En este artículo hemos presentado los argumentos que nos llevan a identificar al mestizo Diego Lobato de Sosa como el autor del manuscrito

²⁷ Un minucioso estudio de los fragmentos de la obra de Valera citados en los *Comentarios Reales* de Garcilaso fue publicado por Ricardo Mariátegui Oliva (1940). En lo que respecta a la relación del Jesuita anónimo, el análisis que hemos realizado al texto ha permitido reconocer la existencia de dos etapas en su redacción: la primera, que podríamos llamar de investigación histórica, aborda temas vinculados a los ritos y creencias de los antiguos peruanos y se caracteriza por la presencia de apostillas que remiten a fuentes bibliográficas y mnemotécnicas comparables con aquellas utilizadas por Blas Valera en las citas de Garcilaso. Esta primera parte sirve de antecedente a la segunda, que podríamos definir como testimonios personales y que está dedicada a exaltar la labor evangelizadora de la Compañía de Jesús en el Perú, principalmente en las ciudades de Lima y Cuzco.

Consideramos que la primera parte corresponde a una traducción extraída de la *Historia occidentalis* del padre Valera. La vulgarización del texto del latín al castellano habría sido realizada en Andalucía por otro jesuita, acaso el sevillano Luis López como lo propusiera José Durand (1961: 94, y 1987: 420). Algunos de los argumentos que nos llevan a sostener esta hipótesis fueron presentados preliminarmente en Lima durante el III Coloquio Cronistas del Perú: Homenaje a Franklin Pease (1939-1999), llevado a cabo los días 7, 9 y 10 de diciembre de 1999 en el Instituto Raúl Porras (UNMSM). Una versión revisada y ampliada de esta ponencia se encuentra en proceso de redacción para su posterior publicación.

consultado por Montesinos para redactar su lista de monarcas prehispánicos. Consideramos que la tradición histórica contenida en la *capaccuna* no debe ser estudiada como un fenómeno aislado; es necesario contextualizarla junto a otras construcciones narrativas creadas en territorio quiteño a partir de la segunda mitad del siglo XVI. El origen de estos relatos históricos lo encontraríamos entre los descendientes de los incas residentes en la región más septentrional del Tahuantinsuyo, quienes a partir de la tradición oral fueron elaborando singulares versiones de la historia de los incas que difieren de aquellas procedentes del Cuzco y de los alrededores del lago Titicaca.²⁸

En la versión provincial de la historia de los incas recogida por Montesinos es notorio que los nombres de algunos monarcas provienen de personajes históricos, principalmente descendientes del inca Huayna Capac que aparecen mencionados en otras fuentes etnohistóricas. Se hace referencia a Sayri Tupac y a Tupac Amaru, hijos de Manco Inca, así como a su capitán Illa Tupac (Murúa 2001: 229 y 251). También son citados Paullo Atauchi Capac y Auqui Quito Atauchi, que recuerdan a Paullo Inca y Titu Atauchi, hijos del inca Huayna Capac (Dunbar Temple 1937: 104, 106, 116, 155-156 y 284-286). En este mismo grupo podemos incluir, además, a Quispe Tito, hijo de Titu Cusi Yupanqui y nieto de Manco Inca (Titu Cusi Yupanqui 1992: 65). Otros nombres encuentran su origen en la onomástica de algunos curacas, tal es el caso de Cuis Manco, quién no sería otro que el señor de la provincia de Cajamarca Cuismanco o Guzmango Capac (Dammert Bellido 1997: 10 y 16).

²⁸ Una de estas versiones norteñas sobre el origen del Tahuantinsuyo es transmitida por el jesuita Anello Oliva (1998: 42-51). En este relato, el inca Manco Capac resulta ser descendiente del curaca Tumbe, antiguo gobernante de la región de Sumpa, actual punta de Santa Elena, en la provincia ecuatoriana de Guayas. Castelli y Regalado (1983) han sugerido la filiación quiteña de este relato. Cabello Balboa, por su parte, recoge en Quito una leyenda sobre los amores del inca Huascar y Cumbillaya, una doncella noble del valle de Ica. Su informante fue don Mateo Yupangui Inga, quién pertenecía a la familia real cusqueña (Dunbar Temple 1937: 160).

Finalmente, varios nombres de estos monarcas derivan de topónimos, como Huanacauri, Vilcanota, Vilcashuamán y Cosque. En este último caso, nos referimos al pueblo amazónico localizado en la región de los Quijos (Ospina 1992: 30).²⁹

Bibliografía y fuentes

ALONSO, Martín

1968 *Enciclopedia del idioma. Diccionario histórico y moderno de la lengua española (siglos XII al XX). Etimológico, tecnológico, regional e hispanoamericano*. 3 vols. Madrid: Aguilar.

ANGULO, Domingo

1930 «Biografía de Fernando de Montesinos». En *Fernando de Montesinos. Memorias antiguas, históricas y políticas del Perú*. Edición de Horacio H. Urteaga. Lima: Librería e imprenta Gil, pp. IX-XXII.

APARICIO, Severo

1973 *Los mercedarios en los concilios limenses*. Madrid: Gráfica Do-Mo-Barco.

2001 *La Orden de la Merced en el Perú: estudios históricos*. 2 vols. Cuzco: Copias Gráficas.

ARCHIVO ARZOBISPAL DE LIMA

1635- «Autos seguidos por Alonso de Alarcón, albacea de Melchor Ramírez,

1641 difunto, contra el Licenciado Fernando de Montesinos sobre más de 4000 pesos de mercaderías que el difunto remitió para que las vendiese. *Papeles importantes*, legajo IX - expediente 14.

BARTRA, Enrique T.

1967 «Los autores del catecismo del Tercer Concilio Limense». *Mercurio Peruano: Revista mensual de Ciencias Sociales y Letras*, vol. 52, n.º 470, Lima, pp. 359-372.

²⁹ Cosque o Coxque fue uno de los pueblos recorridos por Diego Lobato durante su visita a la Gobernación de los Quijos (Lobato de Sosa 1989: 383).

CASTELLI, Amalia y Liliana REGALADO DE HURTADO

1983 «Una versión norteña del origen del Tawantinsuyu». *Historia y Cultura*, n.º 15, Lima, pp. 161-183.

COLOMBO, Felipe

1700 *El Job de la ley de gracia, retratado en la admirable vida del siervo de Dios venerable padre Fray Pedro Urraca, del Real y Militar Orden de Nuestra Señora de la Merced, Redención de Cautivos*. Madrid: Imprenta de la viuda de D. Pedro Marin.

COROMINAS, Joan y José A. PASCUAL

1980 *Diccionario crítico-etimológico castellano e hispánico*. 6 vols. Madrid: Gredos.

DAMMERT BELLIDO, José

1997 *Cajamarca en el siglo XVI*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú-Instituto Bartolomé de Las Casas.

DUNBAR TEMPLE, Ella

1937 «La descendencia de Huayna Capac». *Histórica*, n.º 11, vols. I-III, Lima, pp. 93-165 y 284-323.

DURAND FLÓREZ, José

1961 «Blas Valera y el Jesuita Anónimo». *Estudios Americanos*, n.º 22, vols. 109-110, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 73-94.

1987 «Los últimos días de Blas Valera». En *Libro de homenaje a Aurelio Miró Quesada Sosa*. Vol. 1. Lima: P. L. Villanueva, pp. 409-420.

EGAÑA, Antonio de

1966 *Monumenta Peruana*. Vol. IV: 1586-1591. Monumenta Historica Soc. Iesu. Roma: Instituto de Estudios Históricos de la Sociedad Jesuita.

1970 *Monumenta Peruana*. Vol. V: 1592-1595. Monumenta Historica Soc. Iesu. Roma: Instituto de Estudios Históricos de la Sociedad Jesuita.

ESPINOZA SORIANO, Waldemar

1975 «Los mitmas Huayacuntu en Quito o guarniciones para la represión armada, siglos XV y XVI». *Revista del Museo Nacional*, n.º 41, Lima, pp. 351-394.

ESTÈVE BARBA, Francisco

- 1968 «Estudio preliminar». En *Crónicas peruanas de interés indígena*. Biblioteca de Autores Españoles, vol. CCIX. Edición de Francisco Esteve Barba. Madrid: Atlas, pp. v-LXXIV.

FERNÁNDEZ GARCÍA, Enrique

- 1990 «Blas Valera es el “Jesuita anónimo”, autor de la Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Perú». En *La evangelización del Perú: siglos XVI-XVII*. Actas del I Congreso Peruano de Historia Eclesiástica. Arequipa: Arzobispado de Arequipa, pp. 217-233.

GARCÍA IRIGOYEN, Carlos

- 1906- *Santo Toribio. Obra escrita con motivo del tercer centenario de la muerte*
1907 *del santo arzobispo de Lima*. 4 vols. Lima: Imprenta y Librería de San Pedro.

GARCILASO DE LA VEGA, Inca

- 1959 *Comentarios Reales de los Incas*. Edición de Aurelio Miró Quesada.
[1609] Buenos Aires: Peuser.

GONZÁLEZ DE LA ROSA, Manuel

- 1907 «El padre Valera primer historiador peruano: sus plagios y el hallazgo de sus tres obras». *Histórica*, n.º 2, Lima, pp. 180-199.

GUAMAN POMA DE AYALA, Felipe

- 1993 *Nueva Corónica y Buen Gobierno*. 2 vols. Edición de Franklin Pease
[1615] G. Y. Lima: Fondo de Cultura Económica.

HARTMANN, Roswith

- 1974 «Un predicador en quechua del siglo XVI». Texto mecanografiado inédito destinado a formar parte del Libro Jubilar en Homenaje al Septuagésimo Aniversario del doctor Jorge C. Muelle. Archivo Histórico Riva-Agüero, Colección Jorge C. Muelle.
- 1976 «Apuntes históricos sobre la cátedra del quechua en Quito (siglos XVI y XVII)». *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, n.º 59 (127-128), Quito, pp. 20-41.

HILTUNEN, Juha J.

1999 *Ancient kings of Peru: the reliability of the chronicle of Fernando de Montesinos, correlating the dynasty lists with current prehistoric periodization in the Andes*. Helsinki: Suomen Historiallinen Seura.

IMBELLONI, José

1941 *La capaccuna de Montesinos después de cien años de discusiones e hipótesis (1840-1940)*. Mendoza: Best Hnos.

1946 *Pachacuti IX. El incario crítico*. Biblioteca Humanior-Sección D, vol. 2. Buenos Aires: Humanior.

JESUITA ANÓNIMO

1992 «Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Perú». En [1595] Varios. *Antigüedades del Perú*. Edición de Henrique Urbano y Ana Sánchez. Crónicas de América n.º 70. Madrid: Historia 16, pp. 43-122.

LARA, Jorge Salvador

1980 «Apuntes para la historia de la población indígena del Ecuador». En *Apuntes para la historia de las ciencias en el Ecuador*. Vol. 2. Edición de Jorge Salvador Lara. Biblioteca Ecuador, vol. 12. Quito: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, pp. 275-308.

LOAYZA, Francisco A.

1945 «*Las costumbres antiguas del Perú*» y «*La historia de los incas*» (siglo XVI) por el padre de la Compañía de Jesús Blas Valera. Los Pequeños Grandes Libros de la Historia Americana, Serie I, vol. VII. Lima: Imprenta Miranda.

LOBATO DE SOSA, Diego

1989 «Memorial de algunas cosas que se han de remediar en la Gobernación de los Quijos». En Diego Hortegón, Toribio de Ortiguera, Conde de Lemos y otros. *La Gobernación de los Quijos (1559-1621)*. Edición de Cristóbal Landázuri. Monumenta Amazónica. Iquitos: IIAP-CETA, pp. 381-390.

MARKHAM, Clements R.

- 1920 «Introduction to "Memorias antiguas historiales del Perú"». En *Fernando de Montesinos. Memorias antiguas historiales del Perú*. Edición de Philip Ainsworth Means. Londres: Hakluyt Society, pp. 3-15.

MARIÁTEGUI OLIVA, Ricardo

- 1940 *El P. Blas Valera y sus papeles sobre la historia del Perú a través de la obra «Comentarios Reales» de Garcilaso*. Seminario de Letras-Sección Histórica de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima: Librería e imprenta Gil.

MATEOS, Francisco

- 1944 *Historia General de la Compañía de Jesús en la Provincia del Perú. Crónica anónima de 1600 que trata del establecimiento y misiones de la Compañía de Jesús en los países de habla española en la América Meridional*. 2 vols. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo.

MEDINA, Francisco Borja de

- 1999 «Blas Valera y la dialéctica "exclusión-integración del otro"». *Archivum Historicum Societatis Iesu*, n.º 68, Roma, pp. 229-268.

MENDIBURU, Manuel de

- 1931- *Diccionario histórico-biográfico del Perú. Época de la dominación española*. 11 vols. Lima: Enrique Palacios (vols. I-IV)-Librería e imprenta Gil (vols. V-XI).

MONTESINOS, Fernando de

- 1644 *Ophir de España. Memorias historiales y políticas del Piru*. Sevilla: Biblioteca Universitaria de Sevilla, ms. 332-335.
- 1906 *Anales del Perú*. Edición de Víctor M. Maúrtua. 2 vols. Madrid: [1642] Imprenta de Gabriel L. y del Horno.
- 1920 *Memorias antiguas historiales del Perú*. Edición de Philip Ainsworth [1642] Means. Londres: Hakluyt Society.
- 1930 *Memorias antiguas historiales y políticas del Perú*. Edición de Horacio [1642] H. Urteaga. Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú, Serie II, vol. VI. Lima: Librería e imprenta Gil.

MURÚA, Martín de

2001 *Historia general del Perú*. Edición de Manuel Ballesteros Gaibrois. [1616] Madrid: DASTIN.

NAVARRO, José Gabriel

1940 «La descendencia de Atahualpa». *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, n.º 20 (56), Quito, pp. 216-222.

OBEREM, Udo

1981 «La familia del Inca Atahualpa bajo el dominio español». En *Contribución a la Etnohistoria Ecuatoriana*. Edición de Segundo Moreno Y. y Udo Oberem. Otavalo: Instituto Otavaleño de Antropología, pp. 153-225.

OCAMPO CONEJEROS, Baltasar de

1907 «Account of the Province of Vilcapampa and a narrative of the execu-
[1610] tion of the Inca Tupac Amaru». En «*History of the Incas*» by Pedro Sarmiento de Gamboa and «*The execution of the Inca Tupac Amaru*» by Captain Baltasar de Ocampo. Edición de Sir Clements Markham. Cambridge: Hakluyt Society.

OLIVA, Giovanni Anello

1998 *Historia del reino y provincias del Perú y vidas de los varones insignes de*
[1631] *la Compañía de Jesús*. Edición de Carlos Gálvez Peña. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

OSPINA, Pablo

1992 «La región de los Quijos: una tierra despojada de poderes (1578-
1608)». *Procesos*, n.º 3, Quito, pp. 3-31.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl

1973 *El nombre del Perú*. Lima: P. L. Villanueva.

1986 *Los cronistas del Perú (1528-1650) y otros ensayos*. Edición de Franklin Pease G. Y. Biblioteca Peruana, n.º 2. Lima: Banco de Crédito del Perú-Ministerio de Educación.

RIVA-AGÜERO, José de la

1908 «Garcilaso y el padre Valera (respuesta a una crítica)». *Histórica*, n.º 3, Lima, pp. 46-49.

ROMERO ARTETA, Oswaldo

1962 *Los jesuitas en el reino de Quito*. Quito: La «Prensa Católica».

SALINAS Y CÓRDOVA, Buenaventura de

1957 *Memorial de las historias del Nuevo Mundo Piru*. Colección de Clásicos [1630] Peruanos, vol. 1. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

SALOMON, Frank

1980 *Los señores étnicos de Quito en la época de los incas*. Colección Pendones, Serie Etnohistoria. Otavalo: Instituto Otavaleño de Antropología.

STEVENSON, Robert

1968 «La música en Quito». *ARNAHIS*, n.º 17, Quito, Archivo Nacional de Historia, pp. 7-28.

SZEMIŃSKI, Jan

1993 *La utopía tupamarista*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

1995 «Los Reyes de Thiya Wanaku en las tradiciones orales del siglo XVI y XVII». *Estudios Latinoamericanos*, n.º 16, Varsovia, pp. 11-72.

TITU CUSI YUPANQUI

1992 *Instrucción al Licenciado Lope García de Castro*. Lima: Pontificia [1570] Universidad Católica del Perú.

URBANO, Henrique

1992 «Introducción a la “Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Perú”». En Varios. *Antigüedades del Perú*. Edición de Henrique Urbano y Ana Sánchez. Crónicas de América, n.º 70. Madrid: Historia 16, pp. 7-38.

VARGAS, José María

1937 «Los hijos de Atahualpa y los padres dominicos». *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, n.º 15, vols. 42-45, Quito, pp. 59-64.

1962 *Historia de la Iglesia en el Ecuador durante el patronato español*. Quito: Santo Domingo.

VARGAS UGARTE, Rubén

1963- *Historia de la Compañía de Jesús en el Perú*. 4 vols. Burgos: Imprenta
1965 de Aldecoa.

VÁSQUEZ, Guinaldo M.

1912 *En rededor de las «Memorias historiales»: los monarcas de Montesinos*. Lima: Tipografía «La Progresista» de Ernesto R. Villarán.

1930 «En derredor de las “Memorias historiales”: los monarcas de Montesinos». En Fernando de Montesinos. *Memorias antiguas historiales y políticas del Perú*. Edición de Horacio H. Urteaga. Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú, Serie II, vol. VI. Lima: Librería e Imprenta Gil, pp. 131-172.